

othonianos, presa de ensueños fantásticos que concluían por darles el vértigo de la muerte; sus castillos feudales, que remachaban las cadenas del siervo y erigían como única ley la brutal fatalidad de la fuerza; su clero corrompido como el patriciado romano de los peores tiempos; sus obispos medio caballeros y medio soldados, olvidando que en la idea pura estaba la fuerza superior y que para regir el mundo necesitaban apartarse de su contacto y esconderse como dioses en los santuarios; los Papas perseguidos, depuestos, envenenados, comprendiendo que necesitaban á toda costa una reforma y sin atreverse á realizarla; los pueblos, sintiendo ya la necesidad de unirse á los Papas para levantar el espíritu sobre la barbarie del feudalismo; época verdaderamente extraña, en que se inicia la gran guerra de las investiduras, la primera guerra de ideas durante la Edad media, y en que se llega á la completa emancipación y al establecimiento definitivo de la alta autoridad de los Pontífices en el centro de la cultura humana, en la ciudad de Roma.

Difícil, difícilísimo juzgar á Gregorio VII. Se necesita para esto concentrar la atención, no solamente en su alma, sino en las condiciones del desarrollo de esta alma, tan vasta como los abismos del Océano y los abismos del cielo. No se le encuentra analogías en la historia humana sino con César. Este combatió un patriciado fuerte y corrompido; Gregorio VII también fundó sobre todas las magistraturas la autoridad imperial; Gregorio VII también la autoridad pontificia: extendió el dominio de Roma sobre las naciones y Gregorio VII sobre las almas; César necesitó para su obra de un gran genio guerrero; y Gregorio VII de un gran genio político: César tuvo instrumentos dóciles en sus generales y en sus ejércitos; y al revés, Gregorio VII, solo tuvo instrumentos indóciles en aquel clero ignorante de que para obtener el dominio universal de las almas en todos los tiempos necesitaba ofrecerles como en holocausto el sacrificio de las pasiones de un día: César ostentaba la cualidad más fácil de comprender por las muchedumbres, el valor militar, mientras que Gregorio VII tenía la cualidad más difícil de ser comprendida y admirada por el vulgo, la virtud cívica, el valor moral, la iniciativa poco ruidosa y poco espléndida de los grandes pensadores: luchó César, acompañado de sus legiones, en el Rin y el Segre, en los bosques de las Galias y en las llanuras de la Britania, en la

tierra de los belgas y en la tierra de los andaluces, en los campos de batalla, donde murió Pompeyo, extendiendo de esta suerte su alma tempestuosa de Oriente á Occidente, á través de luchas inenarrables é increíbles, pero luchas materiales, al cabo, en las que solo se trataba de esgrimir la fuerza, mientras que Gregorio VII debía penetrar en las almas, combatir con las creencias, valerse de las ideas, apelar á los conjuros del espíritu, sin otras fuerzas que la fuerza moral de una autoridad tan desacatada entonces como la autoridad pontificia y sin otras armas que su palabra y su idea. Pero la verdad es que estableció sobre las conciencias imperio más vasto aun que el Imperio de César.

¡Su nombre es Hildebrando; su raza medio italiana y medio germánica. La sangre del Lacio y la sangre de los conquistadores del Lacio se mezcla en sus venas; y con la sangre de estas dos familias de pueblos, grandes cualidades suyas, la imaginación ardiente unida con la voluntad perseverante, la idea universal de los heleno-latinos unida con el temperamento independiente y la genialidad individualista de los germanos. Su cuna fué aquella Toscana, tierra que parece tener en su jugo la virtualidad política, según los grandes pensadores que ha dado á las ciencias sociales y los grandes estadistas que ha dado al gobierno. La naturaleza de Toscana debió despertar en su genio algo de esa inspiración que necesitan para los momentos supremos, como los artistas, los grandes y verdaderos políticos. Pero bien pronto á las aptitudes heredadas de la raza y de la patria, al vasto pensamiento propio, tan fácil en la concepción de las ideas, á la voluntad perseverante y á la genialidad íntima uniéndose aquel género de educación que más concentra las fuerzas del alma, uniéndose la vida íntima del Claustro, donde el hombre interior se revela, el pensamiento se recoge, la meditación se aviva, el alma se esclarece; y en la soledad, y en la penitencia, y en el estudio, y en el apartamiento de las cosas terrenales, despertábanse entonces, en aquellos tiempos de guerra, con las grandes ideas, el propósito firme y la voluntad decidida de realizarlas y de cumplirlas. Perteneció Hildebrando á la orden de San Benito, y tuvo algo en su vida y en su muerte del fundador de esa orden. ¿Os habeis parado alguna vez á contemplar á San Benito y el tiempo que San Benito señorea con su genio? La Iglesia en cismas, el Imperio en ruinas, las ciencias y las artes en



su ocaso, la cloaca de la corrupcion antigua volcada sobre Europa; los incendios avivados tiempos antes por la cólera de Alarico y de Atila consumiendo todavía los huesos de aquellas generaciones infelices; el trono de Constantinopla deshonrado; la Ciudad Eterna tres veces tomada; los bárbaros cayendo sobre las poblaciones como las nubes de langosta sobre las campiñas; sujetas las Galias al Norte por los francos, y al Mediodía por los burgundos; desgarrada la España por vándalos, suevos, alanos y visigodos; desolado todo el Norte de Africa; parecia que el cielo, en vez de dar luz, daba sombras; y en vez de enviar los rayos del calor para producir la vida, enviaba, como aves rapaces y carniceras ó como efluvios pestilentes, los ángeles exterminadores para sembrar la muerte; cuando, en las cordilleras del Apenino, á cincuenta millas de Roma, en aquellos valles que las aguas del Anio han abierto y que las antiguas tribus sabinas han habitado; dentro de una caverna, cuya sombra entrada festonan los espinos, refugióse un descendiente de los antiguos patricios, llamado Benito, á los quince años de edad; y despues de haber macerado su cuerpo con la penitencia y el ayuno así como recogido su alma en la meditacion, trasládase desde Subiaco á Monte Casino, y allí eleva sus brazos en cruz entre las inmolaciones germánicas y les abre cauces, convirtiéndolo á fieras como Totila en hombres; arroja sobre el diluvio de lágrimas y sangre sus oraciones y sus esperanzas que acercan la bienaventuranza al dolor; consagra, en medio de la guerra destructora, que todo lo acomete y todo lo arruina, la virtud vivificante del trabajo que todo lo produce y todo lo trasforma; y forma esos monasterios, reductos donde se estrelló la ola de la barbarie, arcas donde se salvaron los gérmenes de la civilizacion, luminarias encendidas en medio de la espesa ignorancia, Sinaís que alumbraron al mundo moderno naciente, calvarios que nos redimieron de la servidumbre, cenáculos de donde marcharon, sin otras armas que su palabra, los misioneros del Cristianismo á bautizar las tribus del Norte y á sembrar con las ideas evangélicas las semillas de la libertad. Esta vida singular, presente siempre á los ojos de un fraile, aparecia como la mas propia para infundir fe en la virtud del espíritu y en la duracion de sus obras. La idea venció á la fuerza, la plegaria invisible á la espada centelleante, el verbo creador á la guerra destructora, el monacato inerme á la tribu armada. Pues, quien desde una caverna se

levantaba á lo infinito, y regia la conciencia y domaba la voluntad de pueblos bárbaros, ideal era, é ideal brillantísimo que seguir é imitar en la obra de someter el pujante feudalismo al poder moral de la Iglesia. Un claustro donde el alma se recoge y el pensamiento se eleva; una penitencia continua que doma la carne y despierta la razon; la lectura de libros impregnados de ideas infinitas; la creencia en que la oracion rinde hasta la voluntad de Dios y obra continuamente el milagro, debieron indudablemente abrir mas y mas el alma de Gregorio VII á la visita misteriosa de todas las ideas que luego realizó en su reinado y con cuyo esplendor inmortalizó su vida.

Mozo todavía, cuando apenas entraba en la pubertad, desde Toscana pasó al Monte Aventino y á su monasterio é iglesia de Santa María. Pocos sitios tan idóneos para contemplar las grandezas morales como semejante colina, la menor de Roma por su altura y la mayor por su historia, desde cuya cima se descubre el panorama inmenso del campo romano que exhala ideas y á cuyos piés corre el Tíber que despierta antiguas enseñanzas; primer refugio de la gente latina situada allí por Servio Tulio, venida en el plan providencial de los hechos á representar la democracia, que debia traer los gérmenes de las grandes instituciones políticas y civiles á todas las sociedades por venir; sitio lleno de ruinas sobre las cuales se alzan las iglesias católicas, que compendian de esta suerte dos fases del espíritu humano y que arrojan sobre todos aquellos sarcófagos, sobre todos aquellos panteones, sobre tantos muertos allí enterrados, el pensamiento de la inmortalidad, bien propio para mover á las grandes acciones, poniendo ante los ojos lo fugaz de nuestra vida en frente de la eterna duracion del espíritu y de sus colosales creaciones. Ningun lugar de la tierra tan profundamente instructivo para un alma de temple como aquel misterioso lugar. ¿Quién no cree allí en el poder de las ideas, servidas por la voluntad perseverante? Unos desterrados, hijos pródigos de todos los hogares circunvecinos, desechos de las tribus por allí situadas, medio pastores y medio bandoleros, á cuyos hijos lactaban las lobas, á cuya familia venian las mujeres por medio de la violencia y del robo, sin mas Dios que una lanza, sin mas rey que un fratricida, sin mas armas que sus brazos, eleváronse desde aquellas colinas que apenas podian condensar una nube, á señores de toda la tierra, la cual, rendida, les entregará sus reyes, y á intérpretes de todo el cielo,



el cual, obediente, les entregará todos sus dioses; victorias alcanzadas tan solo por tener una idea clara en la inteligencia y servirla en la realidad con las fuerzas de un verdadero heroísmo. Gregorio VII, pues, que tenía una idea y la voluntad de realizarla, ¿iba por acaso á disuadirse de ella sobre el Monte Aventino, de donde salieron un manantial de ideas, cuyos caudales inundaran toda la tierra?

Además de esto no debe olvidarse que Hildebrando estuvo largos años en el monasterio de Cluni, donde sus virtudes le granjearon la alta dignidad de prior, que bien puede llamarse un Pontificado monástico. En la historia de las ideas Francia es la nacion que ha hecho casi el catolicismo, con sus monjes, con sus reyes, con sus emperadores en la Edad Media. Para esta obra era, en aquella sazón, demasiado bárbara Inglaterra, demasiado feudal Alemania, demasiado metafísica Grecia, demasiado idólatra Italia, mientras que España, madre ilustre de los Isidoros y de los Leandros, pasaba del yugo de los visigodos arrianos al yugo de una teocracia imbecil; y del yugo de una teocracia imbecil que puso la decadencia bizantina sobre los elementos germánicos, al yugo de los emires, de los califas, de los walíes, sin que pudieran los reinos cristianos, descendidos del Pirineo y de sus ramificaciones, entregarse á ningun otro oficio que no fuese el oficio guerrero de la reconquista. Francia tuvo á Clodoveo y á los francos, fidelísimos de la ortodoxia católica en medio del arrianismo universal; tuvo á los carlovingios que dieran al poder religioso de los Papas sus bases materiales y que forjaran el Imperio como el cetro y el sable de la Iglesia; Francia tuvo los héroes de las Cruzadas, de las guerras católicas por excelencia, cuyo comienzo se ilustra con el nombre de Pedro el ermitaño y cuyo término se engrandece con el martirio de San Luis; pero todas estas obras parecen frágiles comparadas con la mayor y mas excelsa, con la orden de Cluni, de donde salieron las milicias mas activas del Pontífice, los nuncios enviados á imponer á todas las Iglesias el rito latino, y la colosal figura del prior Hildebrando convertido luego en el Papa Gregorio VII. Naturalmente, el episcopado secular, mas en contacto con el mundo, habia caido bajo el poder feudal y tomado su férreo carácter materialista. Pero el monacato, esencialmente democrático, sujeto á una orden fundada en la igualdad y que abría todas las altas dignidades y todos los altos cargos por el medio

republicano de la eleccion; compuesto en su mayor parte de siervos inhabilitados para las guerras feudales y nacidos á la vida de la libertad por su entrada en las órdenes religiosas; debia necesariamente de engendrar aquellos tribunos del espíritu, opuestos así á la barbarie del feudalismo como á las pretensiones semi-paganas del Imperio, que se llamaba santo y se creia derivado del cielo, con poder religioso así para investir á los obispos como para suplantarlo, si necesario fuese, á los Papas. Allí, pues, en el monasterio de Cluni engendröse la idea de que el mundo de la Edad Media debia regirse y gobernarse, no por la sombra del antiguo Imperio romano, ni por la aristocracia de los señores feudales, ni por el patriciado romano, sino por aquellos grandes elementos teocráticos, que recibian del cielo una inspiracion directa y que educaban en el Evangelio una democracia religiosa. No se irguió Moisés frente á los Faraones, los profetas bíblicos frente á los reyes de Babilonia y de Nínive, los apóstoles y los mártires frente á los Césares romanos, como estos monjes de Cluni frente al feudalismo que lo materializaba todo y frente al Imperio que, olvidado de su origen eclesiástico, intentaba eclipsar la autoridad espiritual y suprema con la autoridad política y mundana destinada solo para las mas viles cosas de la tierra. Cuando estos monjes se acordaban que ellos provenian del Cenáculo como los apóstoles y llevaban las lenguas del Espíritu divino sobre la frente; de que ellos recibian por sus venas la infusion de la sangre de los mártires; de que ellos continuaban el ministerio civilizador de los doctores y de los padres eclesiásticos; creíanse sobre el mundo militar é imperial como el alma sobre el cuerpo, como la conciencia sobre el alma, como Dios sobre la conciencia. Y el descendiente de los longobardos, el hijo de Toscana, el discípulo de Roma, el monje de la montaña aventina, el prior de Cluni, elevado en sus pensamientos, adscrito á sus ideales como los organismos á las esencias y á las sustancias, de virtud austera cual cumplia ciertamente á un solitario, de voluntad inflexible como cuadraba á un verdadero reformador, de elocuencia que hubieran los tribunos antiguos envidiado, de heroísmo que hubieran envidiado los guerreros, cauto y audaz, prudente y decidido, emprendedor y sagacísimo, mirando á un tiempo á la realidad y á la idea, debia personificar majestuosamente la teocracia de la Edad Media y poner á servicio de esta teocracia por él personificada una constante é indómita volun-